

arzobispo á la ligera; abandonaron el dormitorio y no pararon hasta el sitio que habitualmente ocupaba el dueño del palacio. En él se sentó; arrodillóse de nuevo fray Paulino, inclinó la cabeza el juez, y las canas de éste y las de su tonsurado penitente, mezcladas y no formando sino una confusa mancha blanca, juntaron sus guedejas de plata.

Hablaba fray Paulino muy bajo, oíalo el arzobispo muy atento, y la enorme casa, con su enorme silencio, diríase que se interesara también y también escuchara la trágica historia del naufragio de una monja que amaba!

IV

—Párate aquí, tú!—gritó Chinto al cochero, antes de que llegaran á la puerta de su casa, en Bucareli.

Y entró solo en ella; envió al portero á un mandado, para alejarlo; previno á Adela, su hija, que un amigo enfermo iba á ocupar la salita por varios días; incomunicó ésta con las demás habitaciones, y por su puerta vidriera salió al patio y á la calle.

—Aprovechemos el momento, Rafael, no hay nadie ahora.....

El carruaje se aproximó despacio hasta el zaguán, y entre los tres hombres, sacaron á sor Noline, que Rafael se echó al hombro,

desapareciendo todos en la sala de la vivienda de Chinto, sin otra luz que la poquísima que se colaba por los cristales y las cortinas de los balcones, pero que sin embargo permitía distinguir, aunque confusamente, es cierto, los muebles de la estancia. Y en el antiguo canapé tapizado de reps, con medallones en su respaldo, Rafael depositó á la religiosa.

—Toma y ni me has visto á mí, ni me conoces, ni sabes nada de lo que ha pasado, ¿entiendes?—dijo el mismo Rafael al cochero, alargándole unos veinte ó treinta pesos en billetes,—fíjate en que con cualquiera indiscreción, á todos nos va de por medio Belem, y en que si por una desgracia te aprehendieran á tí solo, si te aguantas como los hombres, nada te faltará porque correrías por mi cuenta..... ¿estás conforme?....

—No tenga cuidado, jefe, que yo sé muy bien mi cuento; ¿me necesita su mercé mañana? Estaré allí mismo, en mi *sitio* de Gante.

Y á poco oyeron Rafael y Chinto que el

coche partía con sonoro y lento trotar, para hacerse notable, desafiando exámenes de gendarmes, á fin de decepcionarlos.

—Anda, Chinto, hazme el favor del éter y del sinapismo, no quiero verla así, me da miedo....

Salió Chinto por el patio y en un instante volvió con las drogas que dejó sobre la mesa. Él se marchaba, para que sor Noeline al despertar no se hallara con él, á quien no conocía.

—Procura que no haya crisis de llanto ni gritos, porque Adela se enteraría de que se trata de una mujer y los vecinos se alarmarían.... Mira, en esa otra botella, hay agua de azahar; si se te pusiera muy nerviosa, puedes darle hasta dos cucharadas seguidas.... Yo me largo y cuando tú te vayas, llamas en la puerta de mi cuarto, es la primera después de ésta.... Conque, hasta luego y á ver cómo te las compones...

—Oye, oye,—le preguntó Rafael apuradísimo—y si es preciso aplicarle un sinapismo, ¿dónde se lo aplico?....

—Pues donde quieras, al fin están casi á

obscuras; pónselo en un brazo—le contestó Chinto sonriendo de que un perdido tan perdido como Rafael tuviera escrúpulos semejantes y formulara, en serio, pregunta tan candorosa.

Con el frasco del éter, destapado ya, Rafael se arrodilló junto al canapé en que yacía el cuerpo soberbio de sor Noeline. Al lado de ella, casta y linda, indefensa y muda, Rafael sintióse amenazado de un vértigo, arrepentido de lo que había ejecutado, lleno de religiosos respetos hacia aquella mujer deseada por tanto tiempo. Ante la natural sospecha de que ella al reconquistar su conciencia si aspiraba el éter salvador, lo rechazara y despreciara levantándose ofendida y pura, abandonándolo sin siquiera verlo para hundirse de nuevo en el claustro, que sería imposible allanar una segunda vez y arrancarle ese tesoro, tuvo Rafael impulsos de dejarla así, sumida en aquel sueño tan parecido á la muerte, y morirse él también, contemplándola únicamente, sin osar profanarla con el tacto, como no se profana el cadáver

de una persona que hemos amado mucho. . . Pero maquinalmente, le acercó el pomo y su contenido obró la resurrección; oyó un suspiro, y él, fué él quien cerró los suyos, cuando los ojos celestemente azules de sor Noeline abriéronse y lo miraron. . . Sin levantar la cara,—pues no se suponía capaz de arrostrar las iras y los reproches que á la fuerza le descargarían,—Rafael balbuceó:

—Me perdona usted, Noeline? . . .

Y la pobre monja enferma, acabada de salir de un larguísimo desmayo, flotando aún entre quimeras y realidades, repuso en muy suave tono, sin vacilaciones ni tardanzas, la única palabra que quizá pugnaba por brotar completa y que revelaba al propio tiempo la ignorancia más inocente y perfecta de lo acaecido y de su trascendencia:

—¡Sí! . . .

Tuvo Rafael que apoyarse en la alfombra, para que no lo derribara ese inesperado huracán de dicha. ¡Sí! . . . ¡Sí! . . . Y repetía por lo bajo la monosilábica

respuesta, cual si fuera el final de una plegaria inefable y sacrosanta que de improviso le anunciara la bienaventuranza eterna. No exigía la ratificación, ¡qué locura! conformábase con saborearla, en la duda de que se desvaneciera: ¡Sí!.... ¡Sí!.... Sor Noeline, en tanto, paseaba su mirada por la habitación desconocida, y por mucho que llamaba á sus ideas, á sus ideas serenas y rectas de monja juiciosa y equilibrada, éstas acudían al llamado, amotinábansele en su adolorido cerebro y tendían el vuelo cuando ella intentaba coordinarlas, pedirles explicaciones, á modo de asustadas palomas cuyo palomar amenaza ruina y al que se asoman unos segundos, sin que haya quien pueda retenerlas dentro de él. ¿Persistiría su sueño ó estaría ya despierta?.... Rafael estaba ahí, eso sí era indudable, pero ¡habíalo tenido tantas ocasiones!.... Probaría á hablarle:

—¿Quiere usted llamarme á la madre superiora? - exclamó.

—No puedo complacerla á usted, sor Noeline, (por qué diantres volvía á darle el

tratamiento monástico?) la superiora se halla muy lejos, en el Convento, y usted no....—soltó Rafael de un golpe, prefiriendo ser franco.

—¿Pues en dónde estoy?—replicó sor Noeline incorporándose á medias.

—Conmigo, sola conmigo—le dijo Rafael humilde y amoroso—¿no está usted contenta?....

Y así como hacía un momento la respuesta afirmativa había brotado espontánea, así brotó ahora la contraria, seca, enérgica, pronunciada resueltamente; sor Noeline vislumbraba ya que algo reprobado estaba sucediéndole:

—¡Nó!.... y le ruego á usted que me vuelva al Colegio,—le contestó incorporándose por completo. Luego, se sentó en el sofá y por último se puso en pie, apoyada en el muro. Lléveme usted al Colegio,—clamaba sin descanso,—lléveme usted en el acto.... ¿No me oye usted?.... le digo que me vuelva al Colegio; levántese usted ¿qué espera?..... No quiero estar con usted, ni aquí, sólo en el Colegio....

Rafael no respondía ¿qué había de responderle? Clavada la frente en el asiento del sofá, permanecía arrodillado en la alfombra. Sor Noeline se inclinó á él, y vacilante aún, el pequeño esfuerzo nervioso que estaba realizando concluyó con sus escasos bríos y cayó sentada en el mismo mueble, á corta distancia de Rafael que sollozaba.

—Lléveme usted al Colegio, se lo suplico, ¿por quién quiere usted que se lo pida?.... lléveme usted....

—¿Cree Ud. que eso es fácil?—habló por fin Rafael,—¿cree Ud. que la recibirán después de que Ud. se ha salido sin licencia ni aviso?...

—¿Y por qué me salí?..... ¿por qué me ha sacado Ud?—añadió ella, luego de reflexionarlo un punto.

—¿No sabe Ud. por qué, sor Noeline? *(y dale con el tratamiento, que no se le despegaba de la lengua y que, como un representante del Convento, interponíase entre ambos)*, ¿no sabe Ud por qué?.... ¡porque la adoro!—terminó doblando la cara que le ardía.

Echóse sor Noeline para atrás, como si la palabra, más suspirada que dicha, fuese un disparo que la hubiera herido en la mitad del pecho, según en él se puso las dos manos, una sobre la otra, con objeto de comprimir los latidos del corazón, que parecía dispuesto á marchársele..... ¿La adoraban? ... Y la dulcísima palabra le revoloteaba en la mente, le revoloteaba en el sellado pecho, junto al pobre corazón. ¿Adorar?..... ¿adorar?..... pues qué, á ella podían adorarla? ¿no era un atributo exclusivo de la Divinidad? ¿puede adorarse á un semejante sin ofender á Dios?.... ¿Qué sería eso?..... ¿Si al oído sonaba tan deliciosamente, llevado á la práctica, resultaría mejor?....

Repúsose, sin embargo, con algunos trabajos, y obsesionada otra vez por el Convento, interrogó á Rafael:

—¿Y está Ud. seguro de que ya no me recibirían, aunque yo lo haya abandonado sin mi voluntad?

—Oh! enteramente seguro; no la creerían á Ud.

Sor Noeline volvió á callar. Una porción de escrúpulos le acibaraban el júbilo desconocido que las frases de Rafael le proporcionaban. Lo mismísimo que en el sueño, la presencia de aquel hombre no la acobardaba, y así, medio hincado á sus pies, mucho menos. ¿Por qué en el sueño la había perseguido y despierta la imploraba? Anhelaba conocer la historia de su salida del Claustro; mas un pudor extraño, que nunca había experimentado, hacía la muy cauta en preguntas y respuestas, en esa especie de intimidad naciente que la ataba á Rafael. Aún no se daba exacta cuenta de los sucesos; á partir de su confesión con fray Paulino, embrollábasele todo, lo vivido y lo soñado, lo que de ella había sido y lo que sería más adelante. Si no podía tornar al Colegio y al Monasterio ¿á dónde iría?...

Sin tocarle ni la ropa, Rafael se levantó y fué á sentarse en el otro extremo del sofá, taciturno, callado; pero no obstante las tinieblas de la salita, sor Noeline sabía que no le apartaba la mirada, una mirada suplicante, como la del sueño. De entre el

sinnúmero de cosas raras, de fenómenos inexplicables que affigían á sor Noeline, era lo más raro é inexplicable que esa mirada continúa, sobre ella posada, no la mortificase mayormente sino que sólo la produjera una interna inquietud, un desasosiego íntimo que le traía hasta la garganta las palpitaciones del pecho, hasta los ojos lágrimas y hasta los labios sonrisas que antes de delatarse ó de nacer, morían inadvertidas en aquella obscuridad apacible de la discreta sala. Al mismo tiempo, un mundo de preguntas, á modo de prisioneros que se rebelan contra su encierro, pugnaban por salir en tumulto; y ella las contenía, hacía las regresar á su calabozo. Sus grandes ojos celestemente azules, muy abiertos y muy intranquilos, erraban vagabundos por los muebles ignotos, por los colores mates de la alfombra que se distinguían apenas; por las celdas y dormitorios del Santo Espíritu, que de tiempo en tiempo se lo aparecían en su retina precisos y terribles, aunque ella se imaginase tenerlos al frente, como tenía un piano cerrado y unas fotografías que

manchaban de claro las paredes que se arrebuajaban de negro.

De improviso, Rafael rompió el silencio:

—¿Lo perdonaba? ¿le perdonaba ese su rapto tan artero, supuesto que ella ni noticia tuvo ni otorgó consentimiento?....

¡Si supiera Ud. lo que la quiero!!....—y en la fantástica obscuridad de la estancia, extendió su brazo describiendo amplísima curva, para dar una idea, con el ademán, de lo inmenso de su amor,— ¡si lo supiera Ud., me perdonaría!.... Le juro á Ud. que á pesar de este cariño que está matándome desde hace muchos días, le juro que al penetrar en el jardín no pensaba en hacer lo que he hecho; se lo juro á Ud.

¿me cree Ud.?... Créame Ud., Noeline, sor Noeline,—se corrigió á sí mismo, al observar el estremecimiento que causó á la monja, ya en sus cinco sentidos, el oírse llamar con aquella familiaridad que nadie se había permitido en tantos años,—créame Ud., y perdóneme, no por mí, que nada soy ante Ud., por Ud. misma, sor Noeline, que es tan buena.... Vea Ud., si en mi mano

estuviese, le juro también que por ahorrarle su disgusto, la volvería yo á su Convento, aunque la perdiera á Ud., aunque me quedara desgraciado para siempre..... Pero, por caridad, sor Noeline, perdóneme Ud.

—Entonces, ¿por qué entró Ud.?—aventuróse á inquirir sor Noeline, que en el fondo ansiaba conocer los motivos, la manera cómo salió ella, el por qué se hallaba fuera del Convento, en esa casa sin gentes y sin luz, tan callada, tan misteriosa.

Había entrado por verla, sabiendo que estaba enferma y descansando en el jardín; pero sin el menor pensamiento torcido:

—Á riesgo de que me descubrieran y de que hubiera habido un escándalo, perjudicial para mí únicamente, brinqué la zanja, es decir, la pasé en un puente de tablas.... Temblaba yo tanto, que necesité asirme de un árbol.... Ud. dormía en un sillón, sor Noeline, su cabeza reclinada encima del hombro izquierdo, muy pálida, muy pálida..... muchísimo más que ahora..... Desde lejos la ví á Ud., y sin poder conte-

nerme, fuí avanzando..... De repente, abrió Ud. los ojos y yo temí que al mirarme, gritara Ud..... por fortuna mía, no gritó Ud., se enderezó nada más, siempre mirándome..... luego, se dejó caer en el sillón, y temeroso yo de que le acometiera un accidente, avancé hasta Ud. y Ud. se enderezó de nuevo, sin cesar de mirarme... De pronto, un vértigo, sin duda, la dobló á Ud., iba Ud. á caer en el suelo, á hacerse daño quizá, y yo..... yo..... la cogí á Ud. con mis brazos..... sin intención de ofenderla..... ¡Dios me libre! ni entonces, ni ahora, ni nunca.... Y Ud. se desplomó en ellos. No tenía yo otro recurso que cargarla á Ud. y correr, correr....

—Nó,— lo interrumpió sor Noeline,— no consintiéndolo yo, debió Ud. dejarme caer aunque me hiciese daño, ¿qué mayor daño que el que Ud. me ha hecho, sacándome del Colegio?.....

La monja se daba ya exacta cuenta del suceso; reconocíase perdida y á la merced de aquel hombre. La reacción de la voluntad vencía á las debilidades fisiológicas de su

convalecencia y de su sexo; secretas energías endurecíanle la voz, arrugábanle el ceño, y secretos rubores de mujer y de doncella,— no conocidos antes por sor Noeline, que sólo conocía los excesivos y á las veces infantiles de las religiosas,— le comunicaban fuerza y alientos para protestar y para defenderse; para protestar contra el atropello, para defenderse del ataque que el propio Rafael, ahora rendido y humillado, intentaría en su contra, más tarde, en ese mismo momento, ¿qué sabía ella cuándo? Lo que sí sabía era que el ataque vendría, como vino en su sueño, y lo que de antemano entristecía era comprenderse sin resistencias que oponerle; reconocerse débil, desamparada, sola; sentirse halagada, contenta,— muy poquito, nada casi!— al lado del hombre que la había sujetado á tantos sufrimientos. Preferíalo así, en carne y huesos, enemigo real y tangible, á traerlo cual lo trajo, grabado en la memoria, escondido en el pecho. Tal como estaban, la situación aunque horriblemente indecisa, era sin embargo, más clara y definida; los

dos frente á frente, ó mejor dicho, ella mandando y él obedeciéndola á sus pies; cabía la lucha, una lucha desigual pero al descubierto. Y sus armas femeninas, las que toda mujer tiene en sus debilidades y atractivos, sor Noeline encontróselas dentro de sí misma, ligeramente enmohecidas, tal vez por la falta de ejercicio, pero muchas y afiladas y tremendas. Desconfiaba de su manejo,—apenas las había esgrimido de muchacha,—más desconfiaba de que á la hora precisa las hiciese á un lado y con ellas y con sus bagajes se rindiera ¿acaso no estaba rendida ya?.... Por lo pronto, la fuerza de la costumbre la obligó á apelar á otras que en el Claustro le presentaron como más eficaces, é instintivamente, sin responder á Rafael, buscó su rosario, su grueso rosario invencible que debía colgarle de la cintura. No lo tenía consigo; buscóselo con disimulo, sin denunciarse, desolada de que su mano resbalara y resbalara de balde, por sobre la recia tela de sus hábitos, ¿cómo vencer sin él? Con la evocación del Claustro abandonado,

no sufrió lo que hubiera creído sufrir; véfalo allá, á una gran distancia, puro y bueno, sin enojos por su ausencia; todo en su sitio, las madres, las hermanas, las educandas; donde todo era de rigor que estuviera, ellas dentro de la santa casa, y ella misma, sor Noeline, fuera de sus recintos, donde también era de rigor que se hallase. Á pesar de lo reciente del abandono; de que conservaba aún el traje talar que la apartaba del mundo, cortos los cabellos y la inteligencia abrumada, por su enfermedad probablemente, no se apesadumbraba, nada de eso, ganábanla sólo oleadas de llanto, ganas de llorar la separación, lo incierto de su porvenir, lo irremediable del suceso. Comparó su actual situación á su partida de Francia, cuando en el regazo de su buena mamá, al despedirse entre la algazara del muelle, derramó abundantísimas lágrimas; comparábala á cuando después, á bordo ya del transatlántico que la arrebatava sin dolerse de su dolor, apoyada en la baranda de la cubierta, perdiéronse esas mismas lágrimas en las

espumantes crestas de las olas que empujaban al vapor, encaminándolo rumbo al océano con un cortejo de ósculos apagados, de aromas acres y potentes que subían del agua; de brisas acariciadoras que se arrancaban de la costa, impregnadas de fragancias de hogar y de perfumes de patria; de lánguidos rayos de sol que derrochaban pedrería en las mansas ondas del puerto, cubriendo como de metálico polvo, regiamente, al barco majestuoso, de lento andar, con su desplegada bandera á popa enfurecida contra el viento y la expatriación, y que con su ronco silbato coronado de humo blanco, pitaba, pitaba diciendo adiós á los que se quedaron, un grupo enternecido y apretado que á los aires arrojaba besos y conjuros y que agitaba sombreros y pañuelos. Sor Noeline dijo adiós á la línea de tierra que fué esfumándose hasta por completo hundirse en el mismo mar que á ella se la llevaba así como á otros muchos viajeros que suspiraban y se enjugaban los ojos á hurtadillas, á tiempo que la noche borraba

el cuadro y en su crespón negro recogía las bendiciones de la playa y las lágrimas del buque.

Las religiosas con que viajaba sor Noeline, explicáronle, para calmarla, que la vida era así, un continuo dolor; que se conformase y cogiese la cruz que en suerte le tocaba, y que en la oración y la virtud encontraría el premio..... ¿Por qué no lo había encontrado? ¿qué poder oculto la sacaba del Convento, contra su voluntad, y la tiraba en la calle, la desvanecía entre los brazos de un hombre á quien estaba muy distante de odiar?..... Sus deseos de llanto aumentaban, después de comparadas las dos situaciones; lamentaba su huida del Convento, mas su lamentación era tierna y recóndita. Supuesto que nada ejecutó de su parte por lograrla, sus remordimientos disminuían, conformábase de buen grado á vivir lejos de él, como vive todo el mundo. Luego, si lo hecho pudiese deshacerse, no se resistiría al regreso; que si el monasterio no la entusiasmaba no le repugnaba tampoco.